

EL ALBA

El Herald de la Presencia de Cristo



El Alba

Julio de 2026

ÍNDICE

ARTÍCULO PRINCIPAL	2
LA IGLESIA – PARTE 1	2
ESTUDIOS BÍBLICOS INTERNACIONALES.....	16
EL CENTURIÓN CREYENTE.....	16
PEDRO RESTAURADO.....	19
JESÚS SE ENCUENTRA CON ZAQUEO.....	22
MARÍA: LA MADRE LEAL	25
VIDA CRISTIANA Y DOCTRINA	28
LA IMAGEN DE DIOS	28

¡Siga la lectura en su Biblia!

ARTÍCULO PRINCIPAL

La Iglesia – Parte 1

«Tú eres Pedro, y sobre esta roca edificaré mi iglesia, y las puertas del Hades no prevalecerán contra ella».
Mateo 16:18

Hay muchas iglesias que se identifican a sí mismas como cristianas, con una gran variedad de nombres y que sostienen diferentes tipos de creencias con respecto a las enseñanzas de Jesús y sus apóstoles. Cuando consideramos estas diferencias de punto de vista, no nos parece fuera de lugar preguntarnos qué nos dice la Biblia sobre lo que realmente es la iglesia y cuál es el propósito divino con respecto a ella. ¿Hay alguna forma de saber cuál es la verdadera iglesia, o acaso todos los grupos denominacionales juntos conforman la verdadera iglesia?

La palabra iglesia no aparece en el Antiguo Testamento, y su primer uso en el Nuevo Testamento fue por parte de Jesús cuando le dijo a Pedro, como se señala en nuestro versículo inicial, que las «puertas del Hades» no prevalecerían contra ella. En este versículo, la palabra «iglesia» es una traducción de la palabra griega «ekklesia», que significa «una llamada» o una selección. Jesús dijo a sus discípulos: «Yo os he escogido del mundo» (Juan 15:19). Esencialmente, la iglesia es una comunidad de personas que, al aceptar la invitación de Cristo, se han separado del mundo.

La iglesia no es un edificio, aunque la palabra iglesia se usa a menudo para denotar el lugar donde se reúne una congregación. Si la expresión «casa de reunión» se usara más universalmente para describir el lugar de reunión de una congregación, podría ayudar a disminuir algunos de los malentendidos que prevalecen con respecto al verdadero significado de la palabra iglesia en sí.

En su ministerio, Jesús utilizó la palabra iglesia solo tres veces. Una vez fue en su comentario a Pedro y dos veces en otra ocasión, al instruir a sus discípulos sobre el procedimiento adecuado para lidiar con los malentendidos que pudieran surgir entre ellos. (Mateo 18:17). La siguiente vez que aparece la palabra es en Hechos 2:47, tras el relato de los tres mil que aceptaron a Cristo gracias al sermón de Pedro en el día del Pentecostés. Se trata de una simple afirmación, que dice simplemente que «el Señor añadía cada día a la iglesia los que habían de ser salvos».

En esta sencilla declaración de hechos hay lugar para la reflexión. Solo en el día de Pentecostés, tres mil personas se identificaron con la «iglesia», y a partir de entonces hubo conversos adicionales «cada día», sin embargo, no hay registro de ningún servicio formal de iniciación aparte del bautismo en agua. Todos estos conversos eran judíos. Cuando, bajo el ministerio persuasivo del apóstol, reconocieron que Jesús, a quien sus líderes habían crucificado, era de hecho el Mesías prometido, creyeron en él y fueron bautizados.

¡Era tan simple como eso! Más tarde, a medida que aumentaba el número de discípulos y se reunían

JULIO 2026

para edificarse mutuamente, a estos grupos de personas se les llamó iglesias. En Hechos 11:22 leemos acerca de «la iglesia que estaba en Jerusalén». En Romanos 16:5, Pablo saluda a «la iglesia que está en su casa», es decir, la casa de Priscila y Aquila.

De estos textos se desprende la idea de que, en aquellos primeros días del cristianismo, cada grupo de creyentes, independientemente de su tamaño y ubicación, era considerado una iglesia. De hecho, era una iglesia, porque cada una de esas asambleas de creyentes estaba compuesta por aquellos que, por medio del Evangelio, habían sido llamados a separarse del mundo y a seguir los pasos de Jesús.

Estos grupos individuales no llevaban nombres denominacionales. Se identificaban por su ubicación, y se les mencionaba como la iglesia de Jerusalén, la iglesia de Filipos, la iglesia de Roma o, como en algunos casos, la iglesia que celebraba sus reuniones en la casa de uno u otro de los creyentes.

En Apocalipsis, capítulos 2 y 3, se mencionan siete iglesias, identificadas por las ciudades en las que se encontraban, y se les envían mensajes especiales. Hay razones para creer que estas siete iglesias son, de manera simbólica, representativas de todos los creyentes a lo largo de diversos períodos, comenzando en el Pentecostés y continuando hasta el presente. Este es otro uso más amplio de la palabra iglesia, como descriptiva de todos en cada lugar a quienes el Señor considera llamados a salir del mundo para servirle a él y a su causa.

Jesús tenía en mente un significado amplio y más general de la palabra cuando le dijo a Pedro que las «puertas del Hades» no prevalecerían contra la iglesia. Es esta interpretación también la que hace Pablo cuando, en Efesios 1:22, 23, habla de Cristo como «la Cabeza sobre todas las cosas a la iglesia, la cual es su cuerpo». Es en este sentido que Pablo vuelve a escribir acerca de la «iglesia del Dios viviente, columna y fundamento de la verdad». 1 Timoteo 3:15

En 1 Corintios 12:12, 13, Pablo profundiza en la idea de que la iglesia es el «cuerpo» de Cristo. Dice: «El cuerpo humano tiene muchas partes, pero todas ellas forman un solo cuerpo. Así ocurre también con el cuerpo de Cristo. Algunos de nosotros somos judíos, otros son gentiles, algunos son esclavos y otros son libres. Pero todos hemos sido bautizados en un solo cuerpo por un solo espíritu, y todos compartimos el mismo espíritu».

Cómo unirse

¿Cómo se llega a ser un miembro potencial de la iglesia, es decir, de la iglesia que fue establecida por Jesús y los apóstoles? Hechos 2:47, citado anteriormente, dice que «el Señor añadía cada día a la iglesia los que habían de ser salvos». Esto indica que convertirse en miembro de la iglesia del Señor depende de él. Creemos que todos los cristianos estarían de acuerdo con esto. Sin embargo, ¿cómo añade el Señor miembros a su iglesia, y qué requisitos debe cumplir uno para ser reconocido por el Señor como perteneciente a su iglesia?

En resumen, las Escrituras indican que los pasos para acercarse a la iglesia son, en primer lugar, el reconocimiento arrepentido del hecho de que somos miembros de una raza maldita por el pecado y moribunda y que, por lo tanto, no podríamos tener ninguna posición ante Dios por nuestra propia justicia. (Isaías 64:6; Marcos 2:17; Hechos 26:20). Lo siguiente es la aceptación de Jesús como nuestro redentor y Salvador personal, dándonos cuenta de que solo a través del valor de su sangre derramada podemos ser aceptables ante Dios. Hechos 13:38, 39; 16:31; Romanos 3:21-23; 5:1

Luego, sobre la base de nuestra confianza en el mérito de la sangre derramada del Redentor, se nos invita a presentarnos con devoción sin reservas para hacer la voluntad de Dios. Podríamos hablar de esto como hacer una «consagración» de nosotros mismos a Dios. Recalquemos que esta consagración se hace a Dios, no al hombre, ni a ninguna organización terrenal.

La Biblia es muy explícita en cuanto a lo que la consagración significará en nuestras vidas. Jesús dijo: «Si alguno quiere venir en pos de mí [ser mi discípulo], niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día y sígame» (Lucas 9:23). Negarse a uno mismo no significa simplemente renunciar a algún placer o satisfacción insignificante por un breve período, o incluso para siempre. Es, más bien, tal como lo implica la expresión, una negación completa de uno mismo. Es la misma palabra que Jesús usó cuando predijo que Pedro negaría tres veces conocerlo por completo (Mateo 26:33, 34). Por lo tanto, negarse a uno mismo es negarnos por completo el derecho a

reconocer nuestra propia voluntad y aceptar en su lugar la voluntad de Dios tal como se expresa a través de Cristo y las Escrituras.

¿Cuál es la voluntad divina para aquellos que, respondiendo a la invitación de Jesús, se niegan a sí mismos por completo? Se expresa en su invitación adicional a tomar su cruz diariamente y seguirlo. Jesús utilizó el simbolismo de llevar la cruz para denotar ir hacia la muerte. Cuando Jesús hizo esta invitación, él mismo estaba entregando su vida en sacrificio. Su sacrificio se completó en el Calvario cuando exclamó: «Consumado es». Juan 19:30

Aquellos que aceptan la invitación de Cristo a tomar su cruz y seguirlo, de igual manera, entregan sus vidas en servicio sacrificial. No todos son literalmente crucificados, aunque al comienzo de la era cristiana algunos lo fueron. Muchos sufrieron el martirio de otras maneras. Sin embargo, en el caso de todo seguidor del Maestro, la disposición a servir y a sufrir sin importar las consecuencias debe estar presente y lo estará.

Esta cuestión de seguir los pasos de Jesús es descrita por Pablo como estar «plantados juntamente en la semejanza de su muerte» (Romanos 6:5). Antes de venir a Cristo, estábamos «muertos en delitos y pecados» (Efesios 2:1). Sin embargo, a través de la fe obediente en el mérito de su sangre derramada, somos liberados de la condenación adánica. Sin embargo, morimos; no como pecadores, sino como cosacrificadores con Jesús. Pablo expresó este pensamiento cuando escribió: «Por lo tanto, hermanos, les ruego por las misericordias de Dios que se presenten ustedes

JULIO 2026

misimos como sacrificio vivo, santo y agradable a Dios, que es su culto racional». Romanos 12:1

Bautizados en Cristo

En Romanos 6:3,4, Pablo escribió: «¿Acaso no sabéis que todos los que fuimos bautizados en Cristo Jesús fuimos bautizados en su muerte? Por lo tanto, fuimos sepultados con él mediante el bautismo en la muerte, para que, así como Cristo fue resucitado de entre los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en novedad de vida». El bautismo al que se refiere aquí no es en agua, sino en Cristo y en su muerte.

La palabra bautismo en el Nuevo Testamento se traduce de una palabra griega que significa «enterrar» o «sumergir». Nuestro bautismo en Cristo es el entierro de nuestra voluntad en su voluntad. Es un bautismo de muerte porque es la voluntad de Dios que muramos con él.

En Apocalipsis 20:4 este pensamiento se simboliza utilizando la palabra «decapitados». Aquí leemos acerca de aquellos que son «decapitados por el testimonio de Jesús y por la Palabra de Dios». Esto no se refiere a una decapitación literal, sino a la renuncia a nuestra voluntad, representada por la cabeza, y la aceptación de Cristo como nuestra Cabeza. Efesios 5:23; Colosenses 1:18

Pablo profundiza aún más en este punto, diciendo: «Por un mismo espíritu fuimos todos bautizados en un solo cuerpo» (1 Corintios 12:13). Es por la influencia del Espíritu Santo, a través de la Palabra de Verdad, que somos atraídos al Señor y guiados por su amor a presentarnos en plena consagración

a él. Puesto que la consagración significa renunciar a nuestra propia voluntad y aceptar la voluntad de Dios en Cristo, Jesús se convierte así en nuestra Cabeza, y nosotros nos convertimos en miembros de la iglesia, que es su cuerpo, si somos fieles a nuestra posición ante Dios, incluso hasta la muerte. Apocalipsis 2:10

Así, vemos cómo es que Dios, por el poder de su espíritu, añade futuros miembros a la iglesia de Cristo. Nuestra parte en ello, como individuos, es simplemente rendirnos a la influencia de su espíritu y dar los pasos que la Palabra divina indica; es decir, los pasos del arrepentimiento, la aceptación de Cristo y la entrega de nosotros mismos en plena consagración para hacer la voluntad de Dios.

¿Podemos saber, tras dar estos pasos, si Dios nos ha aceptado y nos reconoce como miembros en período de prueba de la iglesia, el cuerpo de Cristo? Creemos que sí. Pablo dijo, en un texto ya citado, que habiendo sido «sepultados con él por el bautismo en la muerte, para que, así como Cristo fue resucitado de entre los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en novedad de vida». (Romanos 6:4). ¿Estamos caminando con alegría en «novedad de vida»?

Pablo también escribió: «Si alguno está en Cristo, es una nueva criatura; las cosas viejas pasaron; he aquí, todas las cosas se han vuelto nuevas». (2 Corintios 5:17). ¿Han desaparecido las cosas antiguas que pertenecen a los «tiempos pasados» de nuestras vidas, en el sentido de que ya no tienen ningún atractivo real para nosotros? (Efesios 2:3). ¿Encontramos nuestras mayores alegrías en las

JULIO 2026

cosas nuevas del Señor —nuestra nueva vocación de servicio divino—, nuestras nuevas esperanzas, nuevos objetivos, nuevas ambiciones?

Al haber dado este paso de la consagración total al Señor, es posible que nuestros antiguos amigos y familiares no nos comprendan. En algunos casos, incluso podrían perseguirnos. En cualquier caso, no encontrarán en nosotros el mismo grado de compañerismo, pues no estarán en armonía con nuestra nueva forma de vida. No los amaremos menos, ni dejaremos de hacer todo lo que podamos por ellos, pero aprenderemos que los caminos del mundo y los caminos del pueblo consagrado de Dios suelen estar muy alejados. ¿Estamos viviendo esta experiencia?

Pablo escribió nuevamente: «Lo que ningún ojo ha visto, ni ningún oído ha oído, ni ha entrado en el corazón del hombre, son las cosas que Dios ha preparado para los que le aman». Luego añade: «Dios nos las ha revelado por su espíritu; porque el espíritu todo lo escudriña, incluso las profundidades de Dios». 1 Corintios 2:9, 10

¿Nos está guiando el Señor día a día hacia una apreciación más profunda de las maravillosas verdades contenidas en su Palabra? ¿Se comprenden más claramente las «profundidades» de su Palabra relativas a nuestro llamamiento en Cristo Jesús a medida que buscamos conocer y hacer su voluntad? Si es así, tenemos una evidencia adicional de que él ha aceptado nuestra consagración y nos está guiando por el camino de la justicia.

Jesús mismo nos da una seguridad muy clara de nuestra posición ante Dios. Primero, declara: «Al que a mí viene, de ninguna manera lo echaré fuera». (Juan 6:37). A esto le sigue, unos versículos más adelante, diciendo: «Nadie puede venir a mí, si no lo atrae el Padre que me envió» (versículo 44). Si hemos sentido el poder de atracción de Dios a través de Cristo, ¿qué mayor seguridad necesitamos que esta?

De hecho, nuestro regocijo en las cosas espirituales del nuevo modo de vida por el que caminamos; nuestra pérdida de interés en las cosas anteriores de la carne y del mundo; una cierta incomprensión, y tal vez incluso persecución, por parte del mundo; nuestro creciente aprecio por las cosas espirituales, particularmente en lo que se refiere a nuestro llamamiento celestial: todas estas son evidencias de que nuestra consagración ha sido aceptada por Dios, y de que realmente hemos sido «bautizados» en Cristo.

El bautismo en agua

La cuestión del bautismo en agua surge naturalmente, y con razón, pues el mismo Jesús fue bautizado en agua, y nosotros debemos seguir sus pasos. ¿Cuál es el propósito del bautismo en agua? Juan el Bautista bautizaba para el arrepentimiento. (Mateo 3:11). No podía entender por qué Jesús pedía el bautismo, pues sabía que Jesús no era un pecador, sino más bien el santo y justo. Mateo 3:13-15; Hebreos 7:26

El bautismo de Juan se aplicaba solo a los miembros de la nación judía. Simbolizaba su regreso al pacto

con Dios bajo el cual él trataba con toda la nación: el pacto hecho en el Monte Sinaí. El bautismo de Juan también tenía por objeto preparar a los judíos para recibir a su Mesías, Cristo Jesús, cuando su ministerio comenzara posteriormente. Marcos 1:4, 5; Lucas 1:13-17; Hechos 13:24, 25

Jesús no fue bautizado para el arrepentimiento de los pecados. Al pedirle a Juan que lo bautizara, simplemente dijo: «Déjalo así ahora, pues así nos conviene cumplir toda justicia» (Mateo 3:15). Es el ejemplo de Jesús el que seguimos en nuestro bautismo en agua. Para él era un símbolo de su pacto de morir en sacrificio y de su esperanza, si era hallado fiel, de ser resucitado de entre los muertos.

Cuán acertadamente la inmersión en agua representa estos dos pensamientos. Cuando el bautizador sumerge a alguien en el agua, este queda indefenso en sus manos y permanecería sumergido, como en la muerte, a menos que fuera sacado del agua. Así, en nuestra consagración nos entregamos a morir con Cristo, inspirados por las promesas de Dios de que seremos resucitados en la resurrección, tal como lo fue Jesús, para ser asociados con él en la gran obra futura de su reino. Romanos 6:4, 5; Filipenses 3:10, 11

El bautismo en agua, entonces, es un hermoso símbolo de nuestro verdadero bautismo en Cristo. No es esencial en el sentido de que sea una ordenanza salvadora. Sin embargo, dado que aquellos que son debidamente elegibles para la inmersión en agua han renunciado a su propia voluntad y han hecho un pacto de hacer la voluntad del Señor, reconocerán que esto es parte de la

voluntad del Señor para ellos, y la cumplirán con gusto. Cualquier otra actitud indicaría algo menos que un amor apasionado por la voluntad de Dios.

Organización de la Iglesia

Las Escrituras no indican que los diversos grupos locales de los llamados en aquellos primeros años del cristianismo tuvieran arreglos organizativos elaborados, ni la Biblia enseña que este fuera el diseño de Dios para la iglesia. Sin embargo, los discípulos de aquella época no carecían de cierta organización. Sus reuniones no carecían de orden y se asignaban diversos privilegios de servicio a diferentes personas de acuerdo con sus diversas habilidades. Mateo 25:15; 1 Corintios 14:40; 2 Tesalonicenses 3:6,7; Tito 1:5

En la organización de la Iglesia primitiva, Jesús era reconocido universalmente como la Cabeza. Esto estaba en consonancia con las propias instrucciones de Jesús a sus discípulos, cuando dijo: «Un solo es vuestro Maestro, el Cristo; y todos vosotros sois hermanos». (Mateo 23:8). Pablo escribió: «Cristo es la cabeza de la iglesia, y él es el Salvador del cuerpo» (Efesios 5:23). En 1 Corintios 11:3 presenta el mismo pensamiento, diciendo que «la cabeza de todo hombre es Cristo; ... y la cabeza de Cristo es Dios».

Jesús no solo es la Cabeza de su iglesia, sino que también es su fundamento. «Nadie puede poner otro fundamento», escribió Pablo, «sino el que ya está puesto, que es Cristo». (1 Corintios 3:11). A los miembros de la iglesia también se les llama «la familia de Dios», la cual se declara que está

«edificada sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo la principal piedra del ángulo Jesús mismo». Efesios 2:19, 20

El apóstol Pedro escribió: «Por lo cual también está escrito en la Escritura: He aquí, pongo en Sion una piedra angular, elegida, preciosa; y el que cree en él no será avergonzado». (1 Pedro 2:6). En Apocalipsis 14:1-4, el apóstol Juan también afirma que Jesús es la «piedra angular» en Sion: la iglesia completa. Esto es especialmente digno de mención en vista del malentendido que se ha atribuido a la declaración de Jesús: «Tú eres Pedro, y sobre esta roca edificaré mi iglesia». Mateo 16:18

Esta afirmación ha sido malinterpretada en el sentido de que Pedro iba a ser la «roca» sobre la cual se edificaría la iglesia de Cristo. Sin embargo, esta interpretación se ve como errónea cuando descubrimos que Jesús usó dos palabras griegas diferentes al hacer la declaración. Cuando dijo: «Tú eres Pedro», la palabra griega traducida como Pedro es «petros», que significa «piedra». Sin embargo, cuando dijo: «Sobre esta roca edificaré mi iglesia», utilizó la palabra griega «petra», que significa «masa de roca», una roca grande, por así decirlo.

Pedro acababa de decirle a Jesús: «Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente» (Mateo 16:16). Jesús se alegró de esta confesión. Podríamos parafrasear su respuesta a Pedro para que su significado quede un poco más claro: «Pedro, tu nombre significa que eres un pequeño trozo de roca —un guijarro, por así decirlo—. En comparación con el significado de tu nombre, el gran hecho de mi

mesianismo, y de que soy el Hijo de Dios, es como una gran masa de roca —una gran roca— y la iglesia será edificada sobre mí como su fundamento».

En la edición del próximo mes de La Revista El Alba, consideraremos el tema «La Iglesia». Entre los temas importantes que se tratarán se incluyen: el papel de los doce apóstoles y otros servidores de la iglesia; la misión de la iglesia; y las fases celestiales y terrenales del plan de Dios para la salvación de toda la humanidad a través de Cristo.

El centurión creyente

Versículo clave: «Al oír esto, Jesús se maravilló y dijo a los que le seguían: “En verdad os digo que ni siquiera en Israel he encontrado una fe tan grande”». Mateo 8:10

***Pasajes seleccionados:
Mateo 8:5-13***

Durante su ministerio terrenal, Cristo realizó muchos milagros en Capernaúm, que estaba en Galilea, incluida la sanación del siervo de un centurión. En este relato, aunque no hay ningún registro escrito de que este siervo fuera bueno, es probable deducir que el centurión era un hombre ordenado. Este tipo de hombres solían buscar y conseguir siervos obedientes. Además, en su diálogo con nuestro Señor, declaró que estaba acostumbrado a que sus siervos hicieran lo que él les ordenaba. Aunque era un gentil, el centurión sugirió que Jesús simplemente dijera la palabra. Creía que el Señor tenía a su disposición medios poderosos que no requerirían que él visitara y tocara personalmente al siervo para sanarlo. Mateo 8:5-9

Nuestro versículo clave revela que Jesús se maravilló de la fe del centurión romano. Por otro lado, los judíos estaban sumidos en la incredulidad respecto a la verdad de que él era el Mesías que tanto tiempo habían esperado. «Os digo que muchos vendrán del oriente y del occidente, y se

sentarán con Abraham, Isaac y Jacob en el reino de los cielos. Pero los hijos del reino serán echados a las tinieblas de afuera; allí habrá llanto y crujir de dientes. Y Jesús dijo al centurión: “Vete; y como has creído, así se te haga”. Y su siervo fue sanado en aquella misma hora». Mateo 8:11-13

Hay una lección para nosotros en estas palabras, en el sentido de que la capacidad de Jesús era ilimitada. Además, sus bendiciones para nosotros son proporcionales a nuestra disposición a recibirlas por fe; pues «sin fe» es imposible agradar a Dios. (Hebreos 11:6). Por lo tanto, aquellos que son incapaces de ejercer la fe no pueden participar de las bendiciones ofrecidas bajo el llamamiento celestial, sino que deben esperar el tiempo en que el glorioso reino de Dios sea establecido en la tierra. Mateo 6:10

El núcleo de la clase del reino fue judío desde el día del Pentecostés durante tres años y medio, hasta el momento en que Cornelio fue recibido como el primer gentil convertido. Desde entonces, «el muro de separación» entre judíos y gentiles, que anteriormente impedía a estos últimos participar plenamente de los favores de Dios, ha sido derribado. (Efesios 2:14). Desde entonces hasta el presente, el Señor ha «llamado» y reunido a discípulos de todas las naciones.

Si bien los fieles de entre los judíos tendrán parte en el reino celestial, la nación fue rechazada y arrojada a la «oscuridad» del mundo en general. Han tenido «llanto y crujir de dientes» durante casi veinte siglos. Sin embargo, según las Escrituras, llegará el tiempo en que Dios perdone misericordiosamente su pecado y los salve de su ceguera nacional.

(Jeremías 31:31-34). Serán bendecidos, junto con todas las familias de la tierra, en el reino mesiánico. Génesis 12:3; 28:14

Cuánto deberían regocijarse los santos consagrados de Dios por esta maravillosa provisión. Todos los que acepten la oferta de salvación y se sometan en obediencia al gran designio del Padre Celestial de establecer la paz y la justicia para la eternidad alcanzarán la vida perfecta y eterna sobre la tierra. Apocalipsis 21:1-5

Pedro restaurado

Versículo clave: «Cuando hubieron terminado de comer, Jesús dijo a Simón Pedro: Simón, hijo de Juan, ¿me amas más que estos? Sí, Señor —respondió él—, tú sabes que te amo. Jesús le dijo: Apacienta mis ovejas». Juan 21:15

Pasajes seleccionados: Juan 18:15-18, 25-27; 21:15-17

Tras su resurrección y durante un período de cuarenta días, Cristo estuvo siempre presente, aunque solo era visible de manera intermitente para sus discípulos. Durante ese tiempo, les aseguró a sus seguidores que había resucitado, fortaleció su fe y les dio instrucciones sobre sus funciones después de su ascensión. Una de estas ocasiones tuvo lugar en el «mar de Tiberíades», o mar de Galilea. Juan 21:1

Como parte de la lección de hoy, los discípulos experimentaron una pesca milagrosa después de que Jesús les diera instrucciones de echar la red por el lado derecho de la barca. Al principio no reconocieron a nuestro Señor, que estaba de pie en la orilla. Entonces, Juan —«el discípulo a quien Jesús amaba»— se dio cuenta de que el desconocido que estaba allí era el Señor resucitado y le expresó su convicción a Pedro. Juan 21:3-6

Pedro, un hombre de acción, y sin duda aún sufriendo en su corazón por su anterior negación de Cristo, se zambulló en el mar y nadó hasta la orilla,

pero evidentemente se mostró tímido cuando llegó a tierra. No se dirigió directamente a Jesús, sino que esperó y ayudó a tirar la red llena de peces a la orilla. Cuando la barca atracó y todo quedó amarrado y seguro, se dieron cuenta de que el desconocido tenía allí un fuego de brasas con pescado encima e invitó a los cansados a «venir a comer» con él. Juan 21:7-12

En la primera de tres preguntas similares, nuestro versículo clave registra que Jesús le preguntó a Pedro si lo amaba más que a la pesca. Jesús le dijo entonces por segunda vez: «Simón, hijo de Juan, ¿me amas?». Él respondió: «Sí, Señor, tú sabes que te amo». Jesús le dijo: Pastorea mis ovejas. Por tercera vez le dijo: Simón, hijo de Juan, ¿me amas? Pedro se entristeció porque Jesús le preguntó por tercera vez: «¿Me amas?». Él dijo: «Señor, tú lo sabes todo; tú sabes que te amo». Jesús le dijo: «Apacienta mis ovejas». Juan 21:16, 17

Al pensar en Pedro, recordamos que él dijo que, aunque todos abandonaran a Jesús, él no haría tal cosa. Cuánto debió de dolerle el corazón cuando oyó cantar al gallo, tal como había predicho el Maestro, pues negó a su Señor tres veces, mientras de su boca salían maldiciones (Mateo 26:69-75). Esta es una lección poderosa sobre nuestras propias debilidades humanas y la necesidad de mostrarnos misericordia unos a otros. En esta aparición a orillas del mar de Galilea, parece probable que, durante su conversación con Pedro, Jesús estuviera, en efecto, tranquilizándolo. Al hacerlo, el Maestro demostró que tenía confianza en que Pedro actuaría con cuidado en el futuro y continuaría entregando todo en el altar del sacrificio

hasta el final de su camino, después de ser reinstaurado como un siervo digno de su Señor.

Nuestra plena comprensión de este asunto seguramente nos llevará a tener un corazón conforme al de nuestro Padre Celestial. No solo buscaremos ser justos, rectos y puros en lo que hacemos, sino que también desearemos ser misericordiosos con los demás porque, al igual que nosotros, ellos también experimentan dificultades. Salmo 136:1-26

Jesús se encuentra con Zaqueo

Versículo clave: «Cuando Jesús llegó al lugar, alzó la vista y vio al hombre, y le dijo: Zaqueo, date prisa y baja. Hoy debo ser tu huésped».

Lucas 19:5

Pasaje seleccionado:

Lucas 19:1-10

Zaqueo era un recaudador de impuestos adinerado que vivía en la región de Jericó. Como judío, era despreciado por sus compatriotas porque los recaudadores de impuestos tenían fama de estafar a los contribuyentes. Para empeorar las cosas, trabajaba para el gobierno romano. Cuando Jesús pasó por Jericó en su viaje a Jerusalén, el relato dice que Zaqueo «quería ver quién era Jesús, pero como era bajito, no podía ver por encima de la multitud. Así que corrió delante y se subió a un sicómoro para verlo, ya que Jesús venía por allí». Lucas 19:3,4

Nuestro versículo clave demuestra que Jesús tenía la capacidad de leer los corazones de los hombres. La altivez de los espectadores judíos era evidente, ya que se sorprendieron al saber que el Maestro deseaba cenar en la casa de este individuo, a quien ellos consideraban un pecador. Zaqueo, sin embargo, recibió a Jesús con alegría. Lucas 19:6,7

Zaqueo hizo entonces una declaración sobre la restauración: daría la mitad de sus bienes a los pobres y realizaría la restauración cuatro veces más para cualquiera a quien hubiera perjudicado. (Lucas

19:8). La Ley de Moisés no exigía generalmente que las personas realizaran la restauración cuatro veces más; por lo general, era el valor del daño más una quinta parte. (Levítico 5:14-16; Números 5:5-7). Zaqueo había ido más allá. Jesús declaró entonces que la salvación había llegado a la casa de Zaqueo. Esto parece implicar que, desde el punto de vista divino, había sido restaurado al favor de Dios, habiendo demostrado el tipo de carácter que podía ser utilizado en el servicio de Dios. Lucas 19:9

Como seguidores consagrados de Cristo, hay lecciones que podemos aplicar en nuestro propio camino a partir de la narración anterior. Estas deberían sensibilizarnos sobre la necesidad de permanecer muy cerca del Señor en nuestros pensamientos, palabras y obras. Como especímenes imperfectos de la humanidad, incluso los hijos de Dios engendrados por el espíritu se dan cuenta de que es posible ser vencidos por el pecado. Tales actos pueden ser involuntarios o pueden ser parcialmente deliberados con el potencial de tener graves consecuencias. Cuando ocurren actos de pecado, es necesario reconocerlos y arrepentirse de ellos si queremos ser restaurados al pleno favor de Dios. La oración y llenar nuestra mente con pensamientos santos pueden ser dos herramientas efectivas para prevenir o reducir la incidencia del pecado en nuestras vidas.

Un destacado escritor cristiano hizo la siguiente observación con respecto a esta lección: «Podríamos encontrar paralelismos entre este incidente, que perteneció al fin de la era judía y al Israel carnal, y el fin de esta era y el Israel espiritual. Hoy encontramos a algunos que se han apartado del

Pacto de Gracia del Señor, así como Zaqueo se apartó del Pacto de la Ley del Señor. Podemos encontrarlos viviendo en cierta medida de pecado, en negocios que ellos mismos admiten que son injustos y que violan sus conciencias. Por lo tanto, no debemos pasar de largo ante ellos con el mensaje del Evangelio, las buenas nuevas de gran alegría; sino que, si alguno de ellos manifiesta interés en la verdad presente, debemos procurar ayudarlos tal como nuestro Señor y Cabeza ayudó a Zaqueo».

En la experiencia de Jesús y Zaqueo vemos un maravilloso ejemplo a imitar al interactuar con los demás, especialmente con la familia de la fe, nuestros hermanos en Cristo.

María: la madre leal

Versículo clave: «Pero María guardaba todas estas cosas y las meditaba en su corazón».

Lucas 2:19

Pasajes seleccionados:

Lucas 1:26-56; 2:15-19; Juan 2:1-5; 19:25-27

La lección de hoy comienza en Belén, llena de viajeros que habían venido a inscribirse en el censo decretado por el emperador Augusto. Entre la multitud se encontraban José, un carpintero de Nazaret, y su prometida, María, que estaba embarazada. Habían recorrido una larga distancia para cumplir con el decreto romano, atravesando caminos polvorientos y buscando refugio en la abarrotada ciudad. Lucas 2:1-3

Cerca de allí, en los campos no muy lejos de Belén, unos pastores recibieron la visita de un ángel de Dios que les anunció el nacimiento del Salvador, Cristo el Señor. «Y el ángel les dijo: No temáis, porque he aquí os traigo buenas nuevas de gran alegría, que serán para todo el pueblo. Porque hoy, en la ciudad de David, os ha nacido un Salvador, que es Cristo el Señor». El mensaje del ángel fue acompañado por una hueste celestial que alababa a Dios. Lucas 2:8-14

El relato continúa: «Cuando los ángeles los dejaron y se fueron al cielo, los pastores se dijeron unos a otros: “Vamos a Belén a ver lo que ha sucedido, lo que el Señor nos ha anunciado”».

Así que se apresuraron y encontraron a María y a José, y al niño, que yacía en el pesebre. Cuando lo vieron, difundieron la noticia de lo que se les había dicho acerca de este niño, y todos los que lo oyeron se maravillaron de lo que los pastores les contaban. Lucas 2:15-18

Todo lo que había sucedido era desconcertante para María, y nuestro versículo clave sugiere que ella tal vez se preguntaba cuál sería el resultado de estos acontecimientos. Aunque meses antes un ángel le había anunciado que daría a luz a un hijo al que se le daría el «trono de David», es probable que María no se diera cuenta del alcance total de estos designios divinos que involucraban a su hijo.

Además, María no podía haber previsto en ese momento que Jesús sería crucificado aproximadamente treinta y tres años después, resucitaría de entre los muertos al tercer día y luego se convertiría en el jefe de un grupo de seguidores que se desarrollaría a lo largo de un período de dos mil años, todo ello con el propósito último de erradicar el pecado, el sufrimiento y la muerte de la humanidad.

Como parte de nuestro esfuerzo continuo por formar parte de la clase de Cristo, debemos evitar conformarnos a este mundo y tener cuidado de no ceder a las gratificaciones carnales que otros consideran normales. Es por esta razón que leemos: «Poned la mira en las cosas de arriba, no en las de la tierra. Porque habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios». (Colosenses 3:2, 3). Muchas actividades que no son pecaminosas son agradables a la carne. A diferencia de ciertas prohibiciones que se le dieron a la nación de Israel,

no encontramos muchos mandamientos del tipo «no harás» en el Nuevo Testamento. Más bien, como cristianos, deseamos cumplir en nuestro corazón el «espíritu» de la ley del amor y la ley de la justicia. Romanos 7:6

Sin duda, somos bendecidos al experimentar la realidad de este texto: «Amados, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que seremos; pero sabemos que, cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque lo veremos tal como él es». 1 Juan 3:2

La imagen de Dios

«Y creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó; varón y hembra los creó».
Génesis 1:27

Los filósofos nos dicen que el hombre, tal como existe hoy, es mucho más brillante y avanzado de lo que jamás lo fue antes en la historia. Su afirmación es que la evolución nos ha llevado a este punto. Se ha llegado a la idea de que cada generación es mucho más brillante que la anterior porque los científicos han determinado, a partir de sus cálculos, que el hombre ha existido en la tierra durante millones de años, mejorando con cada generación. Dado que cada generación se ha vuelto más avanzada, concluyen que el hombre ha alcanzado ahora un nivel muy alto. ¿Es correcta esta filosofía?

¡Cuán felices estamos de que el gran Creador del universo nos haya proporcionado una fuente de información de la cual podemos descubrir qué es verdad y qué es mera filosofía. Él nos ha extendido una invitación, diciendo: «Entremos en la casa del Señor», y al entrar en su casa de aprendizaje llegaremos a encontrar el propio testimonio de Dios con respecto al hombre. Salmo 122:1

Aprendemos de esta fuente, la Biblia, que el hombre es «de la tierra», y que Dios lo formó del «polvo de la tierra». (1 Corintios 15:47; Génesis 2:7). Al soplarle, o infundirle, el «aliento de vida, [...] el hombre se convirtió en un alma viviente». En esta concisa descripción de la creación del hombre, no

hay ni la más mínima sugerencia de que una forma de vida evolucione a partir de otra, o de que una variedad menos compleja se convierta en un ser más complejo. Dios creó cada especie como una variedad de vida separada y distinta, tal como leemos en el capítulo uno de Génesis. Después de cada paso dado para preparar la tierra para sustentar la vida, y después de cada creación separada de plantas, peces, aves y criaturas terrestres, Dios declaró que «era bueno». Génesis 1:10, 21, 25, 31

En Génesis 1:26, 27 leemos que «Dios dijo: Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza». Notamos en la declaración de Dios que sugirió un pensamiento plural: «Que tengan dominio sobre los peces del mar, y sobre las aves del cielo, y sobre el ganado, ... y sobre todo animal que se arrastra sobre la tierra». De esta declaración se desprende que, cuando Dios creó al hombre a su imagen, «varón y hembra los creó», quiso decir que tanto Adán como Eva serían muy similares a él mismo en diversos aspectos.

Las palabras «imagen» y «semejanza», en hebreo, significan parecido o modelo. El hombre fue creado a imagen de Dios. ¿En qué sentido era el hombre perfecto, Adán, un modelo de Dios? Ciertamente no en lo que respecta a su cuerpo. Nuestro Creador es un ser muy superior —un ser del espíritu— y el hombre es solo una criatura carnal, de la tierra. Sin embargo, nuestro Creador sí hizo al hombre como un reflejo de su imagen en algunos aspectos. En parte, este parecido, o imagen, residía en la capacidad del hombre para razonar, recordar, percibir ideas abstractas y directas, emitir juicios

morales y poseer cualidades intelectuales y estéticas.

Al hombre perfecto, Adán, se le otorgó una cualidad divina de conciencia, que le permitía distinguir entre el bien y el mal. Se le otorgó libre albedrío para que pudiera ejercer plenamente su capacidad de elección. De no ser así, la humanidad sería meras máquinas, y nuestras acciones estarían controladas por otra persona. Sin embargo, este no es el caso. Si así fuera, no habría ejercicio de habilidades o talentos, ni oportunidad de desarrollar caracteres individuales. Esta libertad de elección, por supuesto, puede ser buena o mala, dependiendo de cómo se utilice.

Adán eligió el pecado

Adán, ese glorioso ser humano, el primero en ser creado, fue dotado de todas las bendiciones físicas y mentales. Todo su entorno había sido preparado para garantizar su bienestar. El Creador le indicó muy claramente a Adán que, si obedecía la ley justa de Dios, viviría; si desobedecía el mandato justo de Dios, moriría (Génesis 2:15-17). Las instrucciones del Creador eran muy sencillas. La responsabilidad de que Adán fuera digno de vivir para siempre en el paraíso edénico dependía de su propia libertad de elección. Lamentablemente, fue llevado a elegir el pecado a través de la desobediencia. Como resultado de su caída de la perfección, toda la raza que Adán y Eva engendraron nació en pecado y bajo la pena de muerte por herencia. Salmo 51:5; Romanos 5:12

El reinado del pecado y la muerte ha continuado, y continuará, hasta que se haya cumplido el propósito

de Dios al permitirlo, y llegue el momento oportuno para que termine. En su amor, Dios sí proveyó un redentor, un salvador, incluso a su propio Hijo amado, Jesús, quien «gustaría la muerte» por cada hombre. (Hebreos 2:9). Esta provisión para la salvación del hombre de su justa sentencia de muerte fue un «regalo» de gracia gratuita. Romanos 5:15-18

Como resultado de la caída en el pecado de nuestros primeros padres y a lo largo de los muchos siglos transcurridos desde entonces, aquellas cualidades que, desde el principio, identificaban al hombre como imagen de su Creador solo se han encontrado en una porción relativamente pequeña de toda la familia humana en un grado notable. De hecho, algunos seres nobles han procurado cultivar tales gracias del carácter majestuoso de Dios; mientras que hay otros que simplemente se han revestido de una apariencia de divinidad. Esta apariencia puede dar lugar a un comportamiento exterior agradable, pero es posible que en sus corazones haya muy poco de la genuina pureza de carácter con la que Dios creó a nuestros primeros padres.

Puesto que Dios no puede trabajar con quienes carecen de las verdaderas virtudes, ha buscado diligentemente a aquellos de la familia humana que han mostrado las cualidades de la misericordia y el amor desde lo más profundo de su ser. A estos los ha favorecido a lo largo de los siglos, para llevar a cabo la realización de su plan. Consideremos a uno de estos favorecidos, quien durante una gran parte de su vida mostró algunas de estas cualidades más nobles. Este fue el hijo de David, Salomón.

Lecciones de Salomón

La libertad de elección de Salomón en sus últimos años lo llevó a ser víctima de las exigencias de sus muchas esposas y, como resultado, desagradó mucho a Dios. Sin embargo, en su juventud fue muy favorecido por Dios. Salomón pareció heredar de su padre las cualidades de la consideración, la capacidad de gobernar y el aprecio por la bondad del Señor, que David había aprendido anteriormente a los pies de Natán, el santo profeta.

Cuando David envejeció y se volvió demasiado débil para gobernar, su hijo Salomón, a la temprana edad de veinte años, asumió la pesada responsabilidad de gobernar a Israel. Podemos apreciar muy bien la oración que David pronunció en nombre de su querido hijo. Aquellos que son padres de hijos pueden apreciar fácilmente la preocupación de David por Salomón. Compartimos este mismo sentimiento hacia nuestros hijos, para que encuentren gracia ante los ojos de Dios y caminen con él rectamente.

En 1 Crónicas 28:9, 10, se registran las palabras que David le dijo a su hijo: «Y tú, mi hijo Salomón, reconoce al Dios de tu padre, y sírvele con devoción sincera y con mente dispuesta, porque el Señor escudriña todo corazón y comprende todo deseo y todo pensamiento. Si lo buscas, él se dejará encontrar por ti; pero si lo abandonas, él te rechazará para siempre. Considera ahora, pues el Señor te ha escogido para edificar una casa como santuario. Sé fuerte y haz la obra».

El Señor había elegido a Salomón para la construcción de un santuario, lo cual había sido el

sueño de toda la vida de David. Con la ayuda y el consejo del fiel profeta de Dios, Natán, y con el favor de Dios, Salomón se sumó rápidamente al espíritu del plan de su padre para construir el Templo. Sabía que el bienestar de Israel dependía de su adhesión a la Ley de Dios y de su adoración a Jehová.

Salomón pide sabiduría

En su gran amor por Dios, Salomón ofreció mil holocaustos en Gabaón. Deseaba tanto complacer a Dios que preparó esta gran ofrenda para su Creador. Mientras estaba en Gabaón, el nuevo y joven rey tuvo un sueño en el que el Señor se le apareció. (1 Reyes 3:5). Dios le dijo a Salomón: «Pide lo que quieras que te dé», y la respuesta de Salomón fue hermosa, una que solo podía provenir de un corazón amoroso. Salomón dijo: «No soy más que un niño pequeño; no sé cómo cumplir con mis deberes. ... Dale a tu siervo un corazón entendido para juzgar a tu pueblo, para que pueda discernir entre el bien y el mal; porque ¿quién es capaz de juzgar a este gran pueblo tuyo?» 1 Reyes 3:7-9

Dios valoró la sincera expresión del corazón de Salomón. Respondió a su petición de una manera maravillosa, otorgándole a Salomón un «corazón sabio y entendido». Nunca más se encontró entre los hombres imperfectos a nadie con la capacidad de juzgar tan sabiamente como Salomón (1 Reyes 3:10, 12). Debido a su petición desinteresada, Dios también le prometió: «También te he dado lo que no pediste, tanto riquezas como honra, de modo que no habrá entre los reyes nadie como tú en todos tus días. Y si andas en mis caminos, guardando mis estatutos y mis mandamientos, como anduvo tu

padre David, entonces alargaré tus días». 1 Reyes 3:13, 14

Cuando Salomón despertó de su sueño, se alegró al darse cuenta de que su petición había sido del agrado de Dios. Se dirigió a Jerusalén y ofreció ofrendas de paz y holocaustos ante el Arca del Pacto (1 Reyes 3:15). Poco después, emprendió la gran tarea de construir el Templo de Israel, según las instrucciones del Señor.

La construcción del Templo

Recordamos cómo todas las piedras y las vigas para el Templo fueron preparadas, talladas y marcadas para sus lugares, y solo cuando estuvieron listas fueron llevadas al lugar. Cada pieza encajaba perfectamente, y cada una se unía a la siguiente sin el sonido de un martillo, sin el sonido de un hacha ni de ninguna herramienta de hierro. (1 Reyes 6:7). Aunque cada sección de este gran Templo se había preparado en diferentes lugares, cuando fueron llevadas al lugar destinado a su construcción, no hubo que cambiar nada.

¡Qué lección es esta para el cristiano! No debemos pensar ni por un momento que podemos pasar el tiempo sin preocuparnos, y que cuando lleguemos al final de nuestras vidas, de repente, milagrosamente, seremos aptos para nuestro lugar en el templo real. Este es el tiempo de la preparación. Debemos ser moldeados, cincelados, pulidos y contados ahora para el lugar especial que el Señor tiene en mente para nosotros en su templo espiritual.

Nos damos cuenta de que el templo de Salomón representaba una estructura mayor. «Vosotros sois

el templo del Dios viviente», dijo Pablo (2 Corintios 6:16). El tiempo para moldearnos y el tiempo para trabajar en la preparación del templo espiritual de Dios es ahora. (1 Corintios 3:9; Efesios 2:10; Filipenses 1:6; 2:12, 13). Cuando todas las piezas, o miembros, hayan sido preparadas durante sus vidas cristianas —preparadas en medio de este mundo «torcido y perverso»—, serán encajadas en su lugar adecuado en el Templo celestial simbólico. Filipenses 2:15

Hubo una gran celebración llena de alegría con motivo de la dedicación del templo de Salomón. (1 Reyes 8:65, 66). Habrá gran alegría en el cielo y en la tierra cuando Cristo, el Templo espiritual de Dios, esté completo, ensamblado y cuando la gloria de Dios entre en él. Toda la tierra se beneficiará de la finalización de ese Templo y será bendecida, así como el Israel natural alcanzó el cenit de su prosperidad bajo el reinado de un Salomón. Efesios 2:19-22; Revelación 3:12; 21:22-26

Nuestros días

Dejando al sabio rey Salomón en este momento de su vida, volvemos a reflexionar sobre nuestros días. Vemos que la invitación del Padre Celestial sigue dirigida a aquellos en quienes Él encuentra una medida de la semejanza original del hombre con Él mismo. Aquellos que poseen las cualidades originales de amor y obediencia a Dios responden a una invitación y un servicio aún mayores que los de Salomón u otros personajes nobles de épocas pasadas. El mero hecho de que aún veamos a algunos dedicando sus vidas a Dios en la consagración a él, para seguir los pasos de su Hijo unigénito, es evidencia para nosotros de que esta

obra de llamada y el pulido, cincelado y moldeado relacionados con ella, aún continúan. Nos damos cuenta de que este es, en efecto, el método para llevar a cabo el plan de salvación propuesto hace mucho tiempo por el Padre Celestial. Sabemos además que todas las cosas cooperan para el bien de aquellos que aman a Dios, aquellos a quienes Él ha llamado según su propósito: «Porque previó a los que antes conoció, también los predestinó para que fuesen conformes a la imagen de su Hijo, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos». Romanos 8:28, 29

Esta Escritura nos informa que una clase predeterminada —la iglesia— debe ser copia, imagen del Hijo de Dios, quien también es una copia e imagen del Padre. Como cristianos, ninguno de nosotros en esta vida puede llegar a ser perfecto como lo fue Jesús, por mucho que lo intentemos y por mucho tiempo que lo hagamos. Tampoco podemos tomar este honor por nuestra propia elección. Si hemos sido invitados a ser seguidores asidos de Jesús, este honor nos fue concedido por Dios. 1 Tesalonicenses 2:12; Hebreos 5:4

Esto arroja luz sobre el asunto, pues cuando miramos a nuestros hermanos cristianos, al darnos cuenta de que recibieron la misma invitación que nosotros, atesoraremos su comunión en consecuencia. Hemos aceptado la invitación del Padre con corazones agradecidos: su provisión misericordiosa del sacrificio de Jesús que nos permite entrar en esta relación. Al hacerlo, y al revestirnos del manto de la justicia de nuestro Salvador para cubrir nuestras imperfecciones, haciéndonos aceptables ante Dios por el mérito del

sacrificio del rescate de Jesús, consagramos con alegría todo nuestro ser para comenzar a hacer aquellas cosas que agradan a nuestro Padre Celestial, incluso a un gran costo para nosotros mismos. Isaías 61:10; Romanos 12:1; Efesios 1:5-7

Antes de dar este importante paso, debemos haber considerado en oración lo que significa seguir las huellas de Jesús y convertirnos en una copia de él. Nuestros afectos deben estar puestos en las cosas de arriba (Colosenses 3:2). La nueva voluntad, la nueva mente, debe desarrollar los frutos y las gracias del espíritu. Para convertirse en una copia de Jesús, uno debe esforzarse siempre por desarrollar y exhibir estas cualidades de carácter. (Gálatas 5:22, 23; 2 Pedro 1:5-7). Debemos esforzarnos por alcanzar todos los sentimientos que agradan a Dios y están en armonía con el espíritu del Señor, aunque esto requiera toda una vida de desarrollo bajo las influencias formadoras del Padre Celestial.

No solo se debe demostrar amor por el Señor, la Verdad y los hermanos, sino que también debe haber una preocupación amorosa y compasiva por el mundo. Para ser semejantes al Señor Jesús, debemos tener un profundo respeto por la creación que gime, incluso por nuestros enemigos, aquellos que nos maltratan. Mateo 22:37-39; Juan 13:34, 35; Lucas 6:27, 28

Obediencia del corazón

Proverbios 4:23 dice: «Guarda tu corazón con toda diligencia, porque de él brotan los manantiales de la vida». En el caso de los seguidores asidos de Jesús, nuestro derecho a formar parte del Templo espiritual

de Dios se determinará según cómo desarrollemos nuestros corazones ahora. Tenemos este «tesoro en vasos de barro», y las cargas del mundo y nuestras debilidades de la carne intentarán alejarnos de nuestra meta. (2 Corintios 4:7). Sin embargo, al igual que el padre Adán, el rey Salomón e incluso nuestro Señor Jesús, también tenemos libre albedrío a la hora de decidir a quién rendiremos la obediencia de nuestro corazón. No se nos ha obligado a servir al Señor, a la Verdad o a los hermanos. Es nuestra libre elección. Con los ojos fijos en Jesús, podemos llegar a ser como él. Nuestro deseo de caminar por el camino que Jesús caminó es un deseo noble. Nuestra meta es ocupar el lugar en el Templo al que el Padre nos ha invitado tan generosamente, y solo se puede alcanzar al conformarnos a la imagen de su amado Hijo. Romanos 8:29; 2 Corintios 3:18

Quizás nos hayamos preguntado cómo será la experiencia, si somos fieles, de ser resucitados como seres espirituales, cuando seamos bendecidos con el maravilloso privilegio de escuchar las palabras: «Bien, buen siervo y fiel; sobre poco has sido fiel, sobre mucho te pondré; entra en el gozo de tu señor» (Mateo 25:21). Las Escrituras nos proporcionan cierta información al respecto.

Más allá del velo

El apóstol Pablo nos dice: «Si hemos sido unidos juntos en la semejanza de la muerte [de Jesús], también lo seremos en la semejanza de su resurrección» (Romanos 6:5). ¿Cuál es la «semejanza» de nuestro Señor desde la resurrección? ¡Hebreos 1:3 nos dice que Jesús es la «imagen exacta», o copia exacta, de Dios! Aquellos

que sigan fielmente los pasos de sacrificio y servicio de Jesús, y que mediante «la perseverancia en hacer el bien busquen la gloria, el honor y la inmortalidad», serán hechos semejantes a su Señor y Cabeza: todos miembros de la familia divina de Dios. Romanos 2:7

Hay otra reflexión sobre la expresión «imagen exacta». Es cierto que nuestro Señor había sido semejante al Padre en su condición angelical prehumana como el «*Logos*». Incluso cuando vino a la tierra como ser humano, era semejante a Dios, porque su carácter siempre estuvo en completa armonía con el de su Padre. Sin embargo, el apóstol Pablo nos dice que Jesús ahora «se ha sentado a la diestra de la Majestad en las alturas», habiendo sido obediente hasta la muerte, incluso la muerte en la cruz. Por eso, Dios lo exaltó sobremanera y le dio un nombre que está por encima de todo nombre. Jesús es ahora, aún más plenamente, la «imagen misma» del Dios invisible, compartiendo la naturaleza divina. Hebreos 1:3; Filipenses 2:8, 9; Colosenses 1:15

Leemos también: «Mirad qué amor nos ha dado el Padre, que seamos llamados hijos de Dios; por eso el mundo no nos conoce, porque no lo conoció a él. Amados, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que seremos; pero sabemos que, cuando él se manifieste [griego: se haga manifiesto], seremos como él; porque lo veremos tal como él es. Y todo aquel que tiene esta esperanza en él, se purifica a sí mismo, así como él es puro». 1 Juan 3:1-3

Así, vemos que nuestro Señor Jesús es ahora la imagen y semejanza exactas de Dios, aunque nuestro Padre Celestial ha sido y siempre será

mayor que todos. (Juan 10:29; 14:28; 1 Corintios 15:24-28). A Jesús se le ha dado esta recompensa por su fiel servicio. Nunca vaciló en su sumisión a hacer la voluntad de su Padre, a pesar del costo. Dios lo ha exaltado en gran manera, y se complace en hacer lo mismo con los miembros «llamados, elegidos y fieles» de la iglesia, la novia de Jesús, su cuerpo. (Apocalipsis 17:14; 19:7,8; 21:2; 1 Corintios 12:12,27). Estos serán resucitados a semejanza del Señor Jesús. Esta es una promesa magnífica que podemos heredar, y heredaremos, si somos obedientes y fieles, ¡incluso hasta la muerte! Apocalipsis 2:10). Pablo lo expresó de esta manera: «Os habéis despojado del viejo hombre con sus obras; y os habéis revestido del nuevo, el cual se renueva en conocimiento a imagen de aquel que lo creó». «Así como hemos llevado la imagen del terrenal [Adán], también llevaremos la imagen del celestial [la semejanza de Dios]». Colosenses 3:9, 10; 1 Corintios 15:49